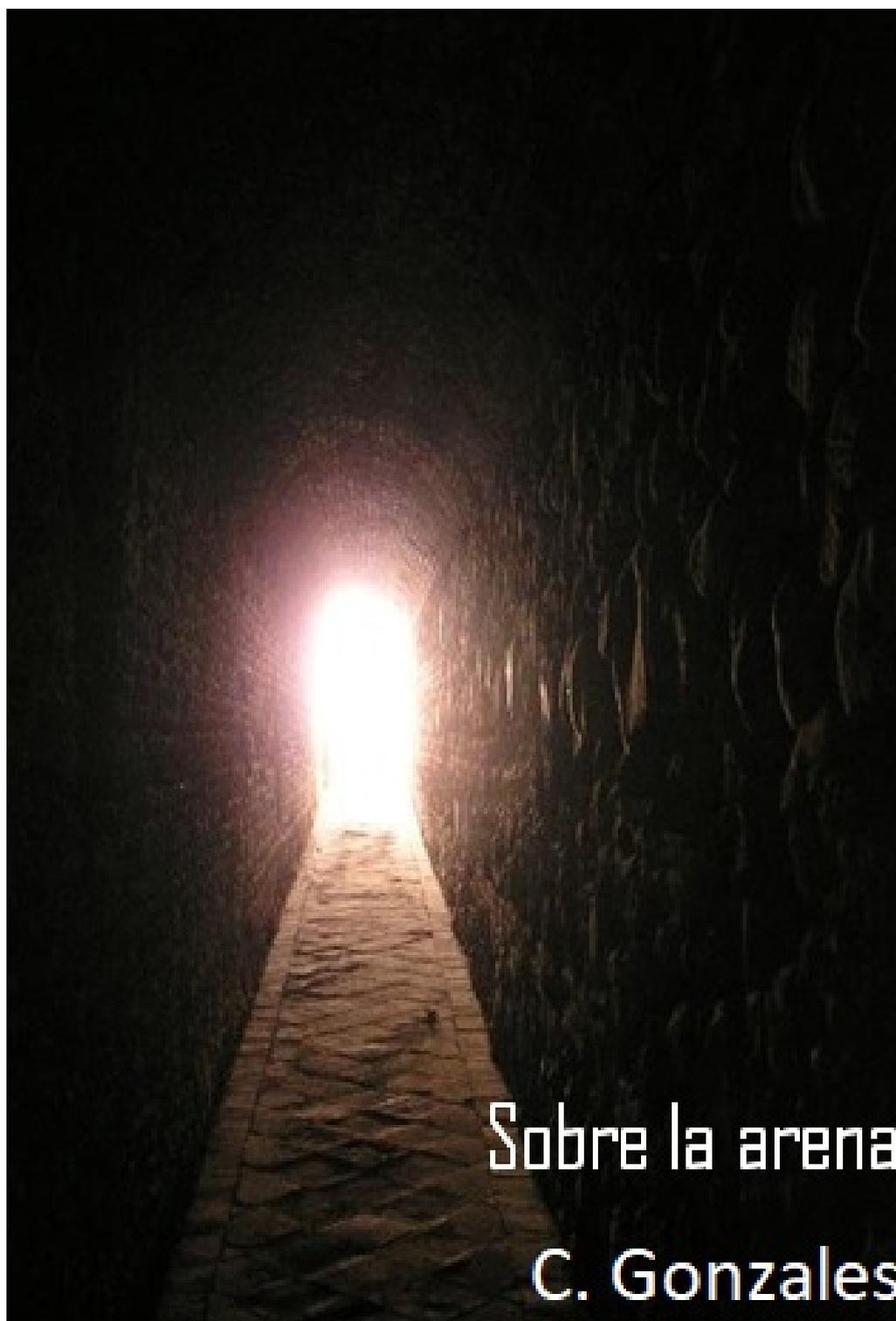


# Sobre la arena

Ciro Gonzales



Sobre la arena

C. Gonzales

# Capítulo 1

Sobre la arena

El animal jadeaba. Inquieto. Las cuerdas que lo mantenían atado se tensaban y aflojaban incesantemente al compás de su nerviosismo.

La oscuridad era casi total, y el miedo que habitaba en sus ojos no lograba distinguirse en medio de la negrura.

Cada tanto, reunía la poca fuerza restante que habitaba en su cuerpo para tratar de liberarse, inútilmente. En cada intento, el golpe de sus carnes contra las rejas oxidadas de su prisión llenaba el túnel con un eco metálico.

Risas. Podía oír las risas guturales de los carceleros. Mofa a su inútil resistencia.

El animal jadeaba.

Las bisagras oxidadas emitieron un chillido lastimero. Al fondo, la puerta gigante de hierro se abría. La luz, hasta ahora prácticamente inexistente lo inundó todo. El miedo, recluso hasta entonces, salió a relucir en sus ojos negros. Las cadenas por fin se soltaron, pero el animal no se movió. Más risas. Hostigadoras. Torturadoras.

Un golpe. Y otro. Y otro más. El animal, extenuado, gemía.

Su cuerpo, magullado, reclamaba un minuto de descanso. Minuto que no iba a llegar. Los carceleros, viejos zorros, continuaron su tortura a medida que el animal atravesaba lenta y dolorosamente el interminable corredor. El goteo continuo en el largo pasillo cubría con destellos la salida hacia la arena.

La luz se incrementaba y con ella el bullicio. Las paredes cercanas a la puerta retumbaban incansablemente.

Pavor.

El tumulto gruñía. Descontrolado. Salvaje. Extraños seres eran los causantes de aquel delirio. Afiladas cornamentas adornaban sus cabezas. Largos y fieros hocicos ocupaban sus rostros. Bestias antropomórficas de grandes y fuertes lomos.

El animal, cabizbajo, fue arrastrado hasta el centro de aquella plaza. Su corazón latía a todo lo que daba. La sangre en su cuerpo circulaba

mortalmente vertiginosa.

La multitud bufaba enloquecida.

Pensaba en su inminente destino cuando las lágrimas, incontenibles, comenzaron a rodar por sus mejillas hasta tocar el suelo. Su cuerpo, vibraba descontrolado.

Fue entonces cuando las bestias, en medio de su explosivo cénit, comenzaron a acallar. El animal, tendido lastimeramente en el suelo, levantó tímidamente la vista hacia el graderío. Una multitud quieta y serena le devolvió la mirada.

Estaba en ese extraño trance cuando sintió que algo se detuvo a su lado. El animal giró la cabeza y pudo ver como una gigantesca bestia astada levantaba una afilada y grotesca espada por sobre su cabeza.

La espada cayó en la arena tan rápido, que no tuvo tiempo si quiera de parpadear. El animal, aterrado, bajó la mirada y pudo ver que había quedado clavada profundamente, justo al lado de la mancha oscura que había sido formada por sus llantos.

Un murmullo se levantó desde las gradas. Todos esos extraños seres que antes habían gritado eufóricos se habían girado y ahora le daban la espalda. Fue entonces cuando la gigantesca bestia, sin dejar de mirarlo, abrió su repulsiva boca y con una voz áspera y ronca, le dijo: *Ahora... entiendes.*

Las lágrimas volvieron a nacer de los ojos del estático animal, mientras, la gigantesca bestia se alejaba, caminando lenta y pesadamente hacia la boca oscura de aquel túnel, por donde antes él había salido.